

**32º Domingo T.O. - Ciclo B**  
**San Pedro Mártir (Madrid), 8 Noviembre 2015 (TVE)**

**“800 REALES”: LA GENEROSIDAD NUEVA DE LA PREDICACIÓN**

La **“viuda pobre”** del Evangelio de hoy, tal vez ya entrada en años, pero con una generosidad nueva, es una buena **imagen de la Familia Dominicana** en el Jubileo de los 800 años de nuestra fundación. Ella puso “dos reales”. Nosotros, aunque estamos “orgullosos” de Santo Domingo de Guzmán y de la aportación de tantos dominicos y dominicas en la historia, tal vez sólo podemos ofrecer unos **“800 reales”**, uno por año, equivalente a unas 800 de las antiguas pesetas. Algo más que los “dos reales” de la viuda, pero poca cosa. No obstante, nos llena de esperanza que lo decisivo es la bendición del Señor a quien pone *“todo lo que tiene para vivir”*, todo lo que puede aunque sea poco, al servicio de la predicación.

En el Evangelio proclamado Jesús se dirige a sus discípulos, a los que prepara para ser predicadores. Quiere que aprendan a reconocer lo valioso e imiten aquella generosidad. **Jesús está en el templo, sentado enfrente del arca de las ofrendas.** “Estar sentado” es gesto propio del Maestro que va a dar una lección importante. Está “enfrente” del arca de las ofrendas, como queriendo marcar distancias frente a un sistema de recaudación más que sospechoso: el Evangelio es otra cosa, y la alternativa hasta se escenifica. Desde allí observa las apariencias y el interior, la superficialidad de la soberbia y lo profundo de la actitud de la viuda, que ofreciendo al Señor **“todo lo que tenía para vivir”** pasa de ser viuda, a mujer comprometida; de mujer necesitada, a mujer bendecida. Ella ejemplifica a los explotados por los poderosos y es imagen de la donación total que Jesús hará de su vida poco más adelante narrada en la Pasión. Imagen en la que reconocerse nuestra Familia de predicadores.

**La predicación del Evangelio conlleva una generosidad nueva.** No es más generoso el que más da sino el que menos se reserva para sí mismo; el que compromete la vida entera, aunque sea pequeña, al servicio de la causa de Dios en el mundo. La viuda pobre se expropia de todo, se entrega a sí misma. Esta **capacidad de expropiación**, como dice el Maestro de nuestra Orden, es *“la exigencia espiritual esencial del predicador”*: vivir sin sentirse propietario ni dueño del mensaje, sino servidor de la amistad de Dios con la humanidad. La misión del predicador es **poner voz a las palabras de amistad del Evangelio.** No nos predicamos a nosotros mismos, somos servidores de Su Palabra, que debemos escuchar, esforzarnos por profundizar, siempre en proceso de aprendizaje y contemplación.

Santo Domingo funda una familia en la que aprendamos a vivir esta capacidad de “expropiación” y desprendimiento. Envía a sus **frailes** a predicar de dos en dos, para mostrar que nadie tiene la exclusiva ni el monopolio de la Palabra; y los envía simultáneamente a predicar y a estudiar, siempre en aprendizaje y en diálogo. Funda primero un monasterio de **monjas** contemplativas, porque la predicación debe nacer de la escucha, el silencio y la oración. Hablar de Dios es darle espacio en nosotros a quien nos lo da a conocer. Valora la **vida comunitaria** que asume el primado del bien común y el compromiso de fraternidad y cuidado de los demás. Dejar espacio a la Palabra de Dios y a los hermanos nos educa para la “expropiación”, para poner nuestros talentos y recursos al servicio de la evangelización. Somos más creativos cuando no nos aferramos a nuestra individualidad, sino que estamos dispuestos a entregarnos.

Esta generosidad es **nueva** porque entre dar *lo que a uno le sobra* y dar *lo que uno necesita* hay una diferencia abismal. Dar lo que uno necesita sólo es posible desde la **confianza** y la fuerza que recibimos de la amistad de Dios y desde la **primacía de las necesidades profundas de los demás**: necesidades de sentido y verdad, de justicia y dignidad, de Palabras de vida eterna... En Santo Domingo la pasión por predicar se hace **compasión**. No dudó en vender sus libros –entonces muy valiosos- para socorrer a los que morían de hambre en Palencia. La generosidad que brota de la compasión nos lleva a dar con lo más valioso de la vida. Por la compasión nos hacemos mejores personas y alcanzamos mayores cotas de humanidad. La ciencia y la técnica alargarán los años, mejorarán las condiciones de vida, pero la compasión mejora la calidad del ser humano. Y desde la compasión brota en los predicadores la necesidad del anuncio de la Buena Noticia de Jesucristo.

Domingo de Guzmán abraza la **pobreza evangélica** para dedicarse con mayor libertad a la predicación itinerante y manifestar la cercanía a los más necesitados. Cuando no nos sentimos “propietarios” de nada, vivimos más dispuestos a compartir y más disponibles al bien común. Nos basta con tener el uso y la responsabilidad de las cosas. Tampoco la **verdad** –*veritas* es nuestro lema familiar- es ninguna propiedad o posesión, sino una búsqueda y un servicio de misericordia. Donde hay verdad allí está el Espíritu, “venga de donde venga la verdad”, dirá Tomás de Aquino. La verdad, que perdió crédito en el mundo cuando se alió con el poder, sólo puede brillar en la pobreza de la predicación; de una predicación que se hace **diálogo**, encuentro y conversación.

De nuevo, en la “viuda pobre”, Jesús muestra su predilección por **los pequeños** y nos enseña a **valorar lo pequeño**. Todas las obras grandes comienzan en la **generosidad desde lo pequeño**. San Pablo dice que nadie es tan pobre que no pueda ser generoso. Quienes anunciamos el Evangelio necesitamos esa familiaridad con lo pequeño, sin dejarnos seducir por las apariencias o el poder, sin pretender éxitos ni resultados inmediatos, valorando los pequeños pasos y esfuerzos, los encuentros con cada persona, la cercanía a los débiles y las conversaciones de **amistad**, ejercitando el ritmo paciente de Dios.

El **vitral** de esta iglesia de San Pedro Mártir es un canto a la generosidad que ilumina y embellece la palabra de los predicadores, y que tiene su expresión extrema en la entrega de la propia vida de los **mártires**. El conjunto de las vidrieras representa distintos mártires del Antiguo y del Nuevo Testamento y también de la Familia Dominicana. En el centro del vitral está la Piedad, que es el martirio por excelencia. Debajo de ella, San Pedro de Verona, el primer mártir dominico, que con el dedo mojado en su propia sangre, en la que será su última predicación, escribe las primeras palabras del credo: “*Credo in unum Deum*”. La generosidad de la entrega de su vida da fuerza y valor a su palabra. La pasión por predicar lleva a tan incomprensible generosidad y su generosidad se hace predicación.

Jesucristo no nos salvó con bellas palabras sino por la generosidad de su pasión, por la generosidad del amor auténtico. **Vivir y anunciar la generosidad nueva del Dios-con-nosotros es la pasión de nuestra Familia de Predicadores**. Aunque sólo hayamos aportado “800 reales” en 800 años... **¡quienes nos han precedido en esta generosidad y pasión por predicar son un signo luminoso de esperanza para nuestro futuro!**

Que al celebrar en la **Eucaristía** la generosidad nueva de Jesucristo que nos entrega su vida, recibamos el impulso y la gracia para ser nuevamente **“enviados a predicar el Evangelio”**.

*Fr. Javier Carballo, O.P.  
Presidente de Familia Dominicana de España*